

cuerpo, y no ensanchado como el que se le sobrepone de lama ó brocado para mayor adorno».

III

LA IMAGEN EN COPACABANA

Pocos días después de tan fausto suceso llegó á la Paz Alfonso Viracocha con el permiso del obispo para fundar la cofradía de la Purificación ó Candelaria en la iglesia parroquial de Copacabana. Los habitantes de la Paz, que habían sabido el prodigio de los resplandores que salían de la imagen mientras estaba en la celda del P. Navarrete, manifestaron á Alfonso sus deseos de que quedase en la ciudad tan valiosa prenda; mas él no quería privar á su pueblo del beneficio que le dispensaba el cielo. Excusóse con ellos, y sin pérdida de tiempo se trasladó á Copacabana á dar la feliz nueva. Todos se llenaron de regocijo, incluso los Urinsay, que consintieron en la fundación de la cofradía; pero rehusaban admitir la imagen elaborada por Yupanqui en razón de no corresponder á las reglas del arte. No fué bastante para doblegarlos el haberles referido Alfonso las maravillas verificadas en la Paz. Por fin interpuso su autoridad un influyente vecino, y el día 2 de Febrero de 1583 hizo su entrada solemne la Virgen de la Candelaria en medio del regocijo público, y fué colocada en modesta capilla, que con el transcurso de los años debía transformarse en uno de los santuarios más célebres de la cristiandad. En el mismo quedó establecida la cofradía, siendo Alfonso Viracocha y Francisco Tito Yupanqui los primeros en inscribir sus nombres.

Como el ejemplo es el mejor estímulo para el bien, en el acto se inscribieron también los más ricos del pueblo y los vecinos todos en masa. Luego vino el P. Diego

Torres, rector de la Compañía de Jesús en Juli, asenándose por cofrades todos los individuos de la comunidad y comprometiéndose con una misa anual, promesa que guardaron hasta su extinción, habiendo sido los más celosos promovedores del culto de esta soberana Reina.

Un hecho singular, acaecido en el mismo año, contribuyó á que se acrecentase la devoción á la Madre de Dios. Los piadosos Amansay querían que se dotase de bienes prediales al templo de la Virgen, á fin de que con sus réditos se proveyera al culto de la santa imagen. Los Urinsay se opusieron á tan plausible idea. Durante varios meses de aquel año no cayó una sola gota de lluvia, por lo cual se temió que se perdiesen las cosechas y que por la sequía no pudieran labrar la tierra para nuevas siembras. Los Amansay acudieron á su celestial Patrona y fueron consolados con benéfica lluvia. De este beneficio no disfrutaron los Urinsay, pues sus campos quedaron agostados. Ellos reconocieron el castigo del cielo por haberse opuesto á proveer de rentas el santuario, lloraron su falta y contribuyeron al decoro del culto.

En 1587 una pertinaz sequía desoló nuevamente las campiñas, y los Amansay acudieron á su único refugio, la Virgen de la Candelaria. Hicieron celebrar una misa solemne, y al punto fueron favorecidos con abundante lluvia. Pero sólo ellos fueron los agraciados, pues los campos vecinos quedaron áridos y secos. Temerosos los Urinsay de quedar reducidos á la más triste miseria, acudieron compungidos á implorar el auxilio de María, y esta buena Madre, compadecida de sus hijos penitentes, mandó á las nubes que descargasen sus aguas sobre toda la comarca de Copacabana (1).

(1) De estos milagros hizo asunto el eminente dramaturgo Calderón de la Barca en la comedia titulada *la Aurora en Copacabana*, donde dice:

IV

EL SANTUARIO

Como los prodigios obrados por la Virgen de Copacabana despertasen grande entusiasmo en los fieles y desde lejanos países acudiesen romeros á implorar la clemencia de María, á fin de que el culto se celebrase con más pompa y solemnidad, el monarca español por Real Cédula de 7 de Enero de 1588, decretó que se fundase una comunidad de Religiosos Agustinos. Al año siguiente se cumplió la sabia disposición del rey, y los hijos de San Agustín, durante toda la época colonial, es decir, por espacio de doscientos treinta y siete años, fueron los celosos guardianes de la Santísima Virgen. Con las crecidas limosnas que entregaban los fieles, y sobre todo con el apoyo moral y material del conde de Lemos, Virrey del Perú, en el año 1640 levantaron el hermoso templo actual. Aunque no es de estilo gótico, ni esbelto, como algunos santuarios europeos, es de buena arquitectura, y más proporcionado que muchas catedrales. Está coronado de varias cúpulas blancas que, vistas de lejos, le dan semejanza de una gran basílica. Su construcción fué sólida, pues en ella tomó empe-

Mas como siempre el demonio
Obstinadamente lidia
En estorbar devociones,
Bandos introdujo y riñas
Entre dos nobles linajes
Sobre qué patrón elijan.
Los Urisayas, de quien
Cabeza es Andrés Jaira
Anciano cacique noble,
Que allá en sus ritos solia
Ser sacerdote del sol,

Sabiendo cuánto domina
Sobre la peste su santa
Intercesión, solicitan
Que sea San Sebastián
Titular de la obra pia:
Otro de los Anasayas,
Cabeza que hoy se apellida,
Por ser de aquella real sangre,
Francisco Yupanqui, Inca,
En que María ha de ser
La Patrona, y no otro, insta etc..

ño el Virrey, trayendo expresamente operarios europeos. Está hecho de cal y canto, y de gruesos y consistentes ladrillos. En el exterior tiene 14'21 metros de altura desde el suelo hasta la cornisa que rodea todo el edificio. La torre es robusta y de buen gusto, y tiene 33'50 metros de altura, con su respectivo cimborio. La cúpula principal no tiene ventanas, lo que contribuye á la oscuridad del centro de la iglesia. El techo ó parte superior de la bóveda, lo mismo que la torre y las cúpulas, están chapeadas de azulejos relucientes.

En el interior la forma del templo es la de una cruz perfecta, teniendo de largo 61'86 metros por 9'50 de ancho, sin contar el grueso de las paredes, que es de un metro y sesenta y siete centímetros. En el cuerpo de la iglesia hay cinco capillas, que tienen poco menos de tres metros de fondo, y entre sus arcos dorados de madera y la cornisa están pintados varios milagros obrados por la invocación de la santa imagen.

En el coro, que es un cuadro perfecto, hay dos órganos; en su sólido arco semicircular se lee en grandes letras doradas esta inscripción latina: *Tota pulchra es, Maria, et macula originalis non est in te*. La cornisa, el friso, así como los pilares medio salientes, sobre los cuales descansan los arcos de la bóveda, son dorados con floresta, figurando en el centro medallones pintados y sostenidos por dos ángeles. Entre las capillas hay cuatro grandes y hermosos lienzos debidos al delicado pincel de un artista europeo. Representan el nacimiento de San Juan Bautista, la Presentación de la Virgen al templo, el taller de San José, y los santos desposorios, que es el más bello y clásico de todos.

El altar mayor, de estilo churrigueresco, es un conjunto de adornos, estatuas, arcos, columnas, que prueban la paciencia del arquitecto y la generosidad de la persona piadosa que lo costeó. En el centro está la hor-

nacina donde se guarda la santa imagen. La imagen, llena de alhajas, cife en la cabeza corona de oro de valor inestimable, tanto por las piedras preciosas que tiene engastadas cuanto por su rara labor y curioso esmalte. Sobre la corona lleva círculo de oro con doce estrellas, lujosos pendientes en las orejas, un collar de finísimas perlas en el cuello, prendedores de brillantes en el pecho, manto espléndidamente bordado y salpicado de piedras preciosas, sortijas de gran valor en los dedos, un cinto riquísimo á la cintura, y en la mano derecha una graciosa canastita de oro con palomitas de lo mismo, y bastón, regalo del conde de Lemos. En la izquierda lleva una vela de oro graciosamente figurada; la candelaja la forma una azucena adornada de perlas finas y la llama la representa un brillantísimo rubí. Sobre éstos lleva otros adornos que valen crecidas sumas, y el Niño Jesús en los brazos tan adornado como la Madre. Con tantas alhajas sólo se descubren el rostro y las manos de la veneranda efigie.

No es obra de gran mérito artístico, pero campea en su continente cierta dulzura que atrae los corazones con más fuerza que el imán al hierro. Toda la imagen descansa sobre un pedestal de plata formado con grandes hojas de lirio, como si la Virgen brotara de esta pura flor. En los pies tiene media luna de plata dorada con dos estrellas en las extremidades. El pedestal es giratorio para que la Virgen pueda volverse de cara á la iglesia ó al espacioso camarín que existe detrás del altar.

En tiempos anteriores las riquezas de este santuario eran casi fabulosas, siendo sin disputa el más suntuoso de América. El Sr. Dr. D. Vicente de la Fuente enumera los siguientes objetos valiosísimos. El cinto que ceñía y que habían regalado los Agustinos, era todo de brillantes y piedras de gran valor; entre ellas un rubí de dos pulgadas de diámetro, que era la admiración de

los inteligentes, figurando al vivo la llama de una vela; poseía además otro rubí enorme en el extremo del cirio, que ostentaba en su diestra, como efigie de la Candelaria. Un tal Alonso Escoto, para restituir á la Virgen unos pendientes y candeleros que le había robado hallándose en gran apuro, le regaló un enorme candelabro de plata que pesaba veintiséis arrobas y en el cual se colocaban 365 luces.

En 1826 lo derritió con toda la demás plata y oro del santuario el primer presidente de Bolivia, general Don Antonio José de Sucre para sufragar los gastos que demandaba la guerra de la independencia. Desde entonces cayó en gran pobreza el santuario, disminuyó el culto, que quedó encargado á un solo Capellán, en vez de la comunidad de Padres Agustinos que se habían establecido allí y que fué disuelta, obligando á sus miembros á secularizarse ó á expatriarse. Muchos prefirieron quedarse como individuos particulares cerca de aquellos claustros silenciosos donde habían profesado y pasado varios años de su vida.

Viendo el general Andrés Santa Cruz, presidente de Bolivia, que el culto decaía, pensó realzar el santuario, haciendo que se instituyese una Colegiata con cinco beneficiados. Así lo decretó el Sr. Obispo de la Paz en 4 de Noviembre de 1829; pero el no haberse solicitado la aprobación pontificia y la poca armonía que reinaba entre los nombrados, obligó á desistir del propósito. Á principios de 1842 el gobierno del general D. José Ballivián cedió el santuario y los edificios anejos á los Padres Misioneros de la Paz; pero él mismo se encargó de quitárselos, temiendo que fuesen partidarios del general Santa Cruz, que le disputaba la presidencia; y el obispo nombró entonces sacerdotes seculares que se encargasen de la administración de la parroquia. En 1851 el presidente de Bolivia, general D. Manuel Isidoro Belzú,

de acuerdo con el Sr. obispo D. Manuel Fernández de Córdoba, ordenó que fuesen al santuario los Padres Franciscanos *de Propaganda fide*. Dos veces más alternaron los frailes y los curas seculares en regir la parroquia. Desde el año 1903 están en el santuario los religiosos menores de San Francisco, y han establecido casa de estudios y noviciado, que cuenta ahora con más de veinte jóvenes. Han erigido escuela primaria, donde reciben educación cristiana los niños de la ciudad, y pronto quedará fundado un beaterio de señoras bajo la regla y estatutos de la tercera orden de San Francisco. Para esto se aprovechará la casa llamada *Beaterio*, donde por espacio de dos siglos vivieron unas virtuosas religiosas agustinas que se consagraban á cuidar de la ropa de la iglesia, á la instrucción de las pobres indias que debían desposarse, y al culto de su capilla particular dedicada á la Inmaculada Concepción.

Contiguo al lado sur del santuario se levanta el convento, siendo digno de notarse que cada una de sus caras mira perfectamente á los cuatro puntos cardinales del globo. Tiene numerosas celdas, bibliotecas y todas las oficinas necesarias á una comunidad.

Existen además dos hospederías bastante capaces, con habitaciones para los romeros que van á practicar novenarios; la una es para los indígenas y la otra para los de raza blanca.

Es digno de notarse el espacioso cementerio que se extiende entre la iglesia y la plaza. Forma un cuadro de 83,60 metros por lado, adornado con antiquísimos colles ó acebuches del país, de perpetuo verdor. En las esquinas se alzan cuatro capillas con sus cupulitas, que antes servían para las procesiones de renovación mensual. Pero como principal adorno, descuella la cúpula de las tres cruces, obra sorprendente por su solidez y por la suntuosidad de las cruces que cobija, las cuales

son de granito. La mayor, de una sola pieza, mide más de cinco metros de alto, sin el pedestal.

El piadoso romero que visita á Nuestra Señora de Copacabana, aun ahora que ha decaído su culto, experimenta dulcísimas y saludables emociones. He aquí lo que dice el eximio hombre público y literato chileno Sr. Walker Martínez, que visitó el santuario por los años de 1877: «encontrarse en algunas de las fiestas que en ese santuario se celebran, oír esos cánticos sagrados en idioma aimará, alzados al cielo por una multitud confusa de indios y españoles, venida allí desde tan lejanas provincias; sentir los ecos armoniosos de esas salves, que se han hecho famosas en todo el alto Perú; y todo esto confundido con el gemido del viento entre las ásperas y altísimas rocas que rodean, como una fortaleza, el pueblo, y con el rumor de las olas del lago, que besan los pies del santuario y que parecen alargar con estudio sus gemidos profundos al desmayarse en la playa, es escena digna de verse y de sentirse, porque en ella todo es completamente original, todo absolutamente distinto de lo que hemos visto y sentido en nuestras fiestas religiosas, en nuestras iglesias y en nuestros viajes» (1).

V

PRODIGIOS

Las gracias concedidas por la Virgen de Copacabana desde que fué colocada en su santuario son tan grandes, que asombran y encantan aun al alma más fría, y tan numerosas que podemos decir superan á las estrellas del cielo. Enfermos de todas clases se salvaron de muer-

(1) Walker Martínez Carlos, obra citada.